

## Homenaje a Rafael Segovia

Lorenzo Segovia.

A principios de los Setenta, llegó mi padre una noche con unas cajas de cartón que contenían unos papeles. Me llamó, me dio un lápiz y me dio un cuestionario para llenar. Estuve un buen rato respondiéndolo y al final se lo entregué. Se lo quedó viendo un rato y le pregunté si lo había contestado correctamente. Me explicó que no era un examen, sino que era una encuesta para ver que sabían y qué pensaban los niños - se trataba del cuestionario del libro de la politización del niño mexicano- entonces le dije ¿qué te dice entonces? Pues que en tu casa hablan mucho de política. ¡Y quienes hablaban! ustedes hoy aquí, que fueron secretarios de estado, embajadores, consejeros de la crema de la política mexicana y también participantes activos. Maestros como Don Daniel Cosío Villegas, Luis González, Don Jesús Reyes Heróles o Alejandro Rossi. Y hablaban de política, de historia, de literatura, de poesía, de arte. Era toda una educación escucharlos discutir y no había tema que no conocieran. La sala de nuestra casa se constituía en una extensión de la sala de profesores del Colegio de México, celeberrimo lugar donde se resolvieron seguramente los destinos de la nación y porqué no del mundo, en una tertulia inacabable. Nuestra infancia transcurrió en este ambiente cultural enriquecido, donde se fomentaba la discusión (bueno, a veces cuando nos poníamos muy necios, recibíamos una atenta invitación -sin discusión- a ir a reflexionar en nuestro cuarto sobre la situación) y donde los valores máximos eran la libertad, la igualdad y la fraternidad salvo si se trataba de Franco donde había una total intolerancia hacia su intolerancia. Esa cultura destilada nos causaba a veces problemas: tantas veces que fuimos al cine con mis

padres para salir todos desconcertados porque "...los romanos no usaban calzones...", "...esos mosquetes aparecieron un siglo después...". Creo que sólo Barry Lyndon, La Guerra y la Paz de Bondarchuk y la película de los Duelistas sobrevivieron a la acuidad y crítica de mi padre. Aprendimos que De Gaulle decía que cómo se podía gobernar un país que tenía más tipos de quesos que "Départements" y muchas otras frases de dudosa utilidad en el mundo científico. También aprendí que cuando tenía que explicarle a alguno de mis amigos qué hacía mi padre, la mejor respuesta era profesor de historia porque intelectual, o politólogo, eran incomprensibles "¿Pues de qué tanto discuten? ¿A poco es interesante?".

### **La música y la ciencia.**

Era frecuente volver en la noche a casa y encontrarse a mi padre oyendo música en la sala, esperando a que volviéramos todos de nuestras distintas actividades sociales. Tenía sus favoritos: Louis Amstrong y su hot five, Duke Ellington, la Niña de los Peines, todos estos en grabaciones de época que sonaban terrible, las marchas Napoleónicas tocadas por la Guardia Republicana, los coros del Ejercito Rojo, un disco de Gaitas escocesas y, para mi incomprensiblemente, Bob Marley. No escuchaba mucha música clásica, eso era mi madre quien completaba además el espectro con música más pop -Beatles, Abba, Cat Stevens y un surtido de músicaailable y nosotros con Rock progresivo, punk, new wave, electrónica y qué se yo. Estas fueron probablemente mis mejores platicas con mi padre porque hablamos de absolutamente todo, yo le trataba de explicar que era el DNA, cómo funcionan las proteínas, qué es la evolución y el me explicaba porqué no se puede

resumir el comportamiento del hombre a una ecuación. Le platicaba de teoría de sistemas complejos donde se propone que el comportamiento de un jaguar en la selva es similar al comportamiento de un quark. De todo esto llegamos a “we agree to disagree” como sucede en el ámbito científico donde estos puntos se discuten como la importancia del medio sobre la expresión de la información genética y acaba en la genética del libre albedrío. Para terminar, me explicaba quienes eran los Buffalo Soldiers de la canción de Marley y cuál había sido su papel en las guerras indias en Estados Unidos.

Una vez le pedí que me trajera unos discos punk de Nueva York, a dónde había ido a una conferencia. Cuando volvió, traía unos discos buenísimos que no había manera de conseguir aquí y que ni siquiera conocía yo. Me platicó que había ido a “Tower records” – LA tienda de música—y que no había encontrado nada por lo que lo mandaron al lower east side, a un cuchitril. Entró, vestido de estricto traje gris, corbata inglesa, zapatos boleadísimos, pidió la sección de discos punk y llamaron al encargado. Llegó un chavo de 18 años, todo lleno de piercings con seguros de pañal (era otra época), pelos parados -ya se imaginarán- buscando al punk. No sé que pasó, pero entre los dos decidieron qué discos debía yo tener considerando los méritos del punk neoyorkino frente al punk inglés. Esa es una foto que me hubiera encantado.

### **La familia**

Ustedes saben lo unidos que estaban mis padres, era una simbiosis completa y, en el buen sentido, una interdependencia total. Se complementaban perfectamente, mi madre tenía la memoria de los nombres y los números

telefónicos y mi padre se acordaba de las caras y las fechas. Llegaron a un equilibrio donde el carácter francés de mi madre se contraponía al ibérico de mi padre y también porque ambos ya eran mexicanos. Sí discutían, pero siempre se respetaron. Hubo declaraciones de principios que facilitaron las cosas como por ejemplo mi padre reconoció que el vino francés era mejor que el español y mi madre que los mazapanes Toledo mejores a su vez que los Calissons d'Aix. Esa entrega y devoción total de mi padre por mi madre puede ser entendida por su historia personal -sin querer hacer un psicoanálisis barato-. Mi padre nunca conoció a su madre. Mis abuelos -que nunca se casaron- se separaron a los meses de nacer mi padre y la familia excluyó a mi abuela totalmente de la vida de sus hijos. Además, con la guerra civil española, la familia se desarraigó y acabó aquí en México. Esta familia desterrada encabezada por mi abuelo incorporó a mi tío Tomás y a mi tía Lucía, a quienes crió como hijos y algunos años después nació José Víctor. Esta situación *sui generis* definitivamente marcó a mi padre y fue determinante para su relación con mi madre y con nosotros.

Hace unos seis o siete años, unas mujeres españolas desconocidas para nosotros, averiguaron a través de un trabajo detectivesco que su abuela había tenido unos hijos con un médico famoso antes de casarse con su abuelo. A través de redes sociales, identificaron a los sobrevivientes de esta primera familia y nos contactaron a través de mi tío Tomás a quien buscaron en Madrid. Nos enteramos que se trataba de la madre de mi padre y que ella había rehecho su vida después de su separación en los años veinte. La salud de mi padre ya no era buena y entraba y salía de hospitales y no nos habíamos atrevido contarle que sabíamos que había sucedido con su madre. Justo en ese momento tuvo un enésimo ictus y mi hermana Clara decidió mientras se iban en la ambulancia que tenía que

platicarle porque no podía dejarlo morir sin saberlo. Afortunadamente salió bien y, aunque no tenía claro que había pasado, se estaba recuperando muy bien. Me platicó que le había sucedido algo muy raro que no sabía bien si lo había imaginado o no. Me platicó lo que Clara le había dicho. Yo tenía en el coche unas fotos que nos habían mandado mis nuevas primas. Fue muy emocionante verlo reconociendo a su madre después de más de ochenta años de no saber de ella. Creo que esto le dio una nueva visión de su vida.

Por último, les agradezco a nombre de toda la familia este homenaje. Mi padre estaba orgulloso de haber sido nombrado emérito de este Colegio de México que definió su vida y que a su vez el también ayudo a definir. Voy a confesar que no era tan feliz de ser el decano por lo que implica en cuanto a la edad, pero estaba dispuesto a mantenerse para siempre.